

La relación población-recursos en la periferia urbana. Una experiencia teórico-metodológica

Clara E. Salazar Cruz*

Este artículo tiene un doble objetivo: Por un lado, evidenciar que el quehacer de la investigación es un proceso continuo de aprendizaje, particularmente cuando nos enfrentamos a áreas del conocimiento para las cuales no existe una tradición disciplinaria específica como es el caso de los estudios ambientales desde las ciencias sociales. Por otro lado, destacar, mediante un ejemplo práctico, que dicho proceso no es una práctica lineal sino un camino de ida y vuelta en el cual se construyen, se desechan y se reinterpretan los elementos teórico-metodológicos hasta conformar un cuerpo coherente de interpretación.

Es por lo anterior que esta exposición no se ha organizado de acuerdo con un orden convencional sino que se ha estructurado más bien en función del proceso seguido para presentar las ideas, plantear las preguntas, definir y redefinir los caminos a seguir y, mostrar las dificultades enfrentadas desde la primera concepción de la idea hasta la aplicación e interpretación del trabajo empírico, pasando por el desarrollo de la estrategia teórico-metodológica. La investigación que nos sirve de pretexto¹ es un estudio exploratorio sobre la relación que los descendientes de los comuneros de San Nicolás Totolapan, hoy reconocidos principalmente como los ejidatarios del mismo nombre, han establecido con los recursos naturales en su ejido, ubicado en la periferia sur de la Ciudad de México.

Introducción

Este artículo tiene como objetivo compartir la idea de que el quehacer de la investigación es un proceso continuo de reflexión y no una práctica lineal. En las investigaciones de carácter exploratorio como ésta, los investigadores no tenemos desde un inicio todas las respuestas, ni tampoco tenemos asegurado el tránsito por la vía exacta que nos hemos trazado inicialmente. La complejidad de la vida social nos obliga a alimentarnos constantemente de diversos acercamientos analíticos hasta conformar un cuerpo coherente de interpretación. Es por lo anterior que aquí no nos interesa destacar los resultados de la investigación específica a la que hacemos referencia; más bien, nos proponemos mostrar que el proceso de investigación requiere la revisión de caminos ya trazados hasta construir uno propio, cuya particularidad es

* Profesora-investigadora del Centro de Estudios Demográficos y de Desarrollo Urbano de El Colegio de México.

¹ Esta investigación fue financiada durante seis meses por la Universidad Johns Hopkins. Colaboraron en ella Ariadna Gómez como ayudante de investigación, Friné López en el diseño y ejecución del mapa de recursos, y Juan Carlos Fuentes en el trabajo de campo.

dada por la combinación de los planteamientos teóricos más cercanos al autor y por los aspectos de la realidad que se pretende explicar. En este contexto de construcción del objeto de estudio mostramos que la perspectiva teórica que nos sirvió para un primer acercamiento al problema de investigación fue reinterpretada y reformulada, lo cual nos llevó hacia un nuevo campo de preguntas, y esto a su vez nos condujo a buscar los elementos teóricos complementarios a los seleccionados inicialmente, que nos permitieran ajustar con mayor precisión nuestros supuestos, y más tarde interpretar de forma más rigurosa nuestros hallazgos; asimismo nos llevó a experimentar con técnicas de análisis utilizadas con otros objetivos y en otras disciplinas.

Por dichas razones la exposición que presentamos a continuación se estructuró en función del proceso seguido para presentar las ideas, plantear las preguntas, definir y redefinir los caminos a seguir, y mostrar las dificultades enfrentadas desde una primera concepción hasta la aplicación e interpretación del trabajo empírico. Así, si bien empezamos por presentar algunos antecedentes de investigación que tocan la relación población-recursos, no debe extrañar al lector que recurramos a nuevos elementos teórico-metodológicos cuando nos es necesario regresar a ellos en el proceso de construcción del problema, durante el trabajo de campo, y en la interpretación de los resultados.

El trabajo de investigación que nos sirve de pretexto para esta reflexión es un esfuerzo exploratorio por incursionar en las mediaciones por las que atraviesa la relación población-recursos (P-R) en la periferia de la Ciudad de México; interesó particularmente la relación de los pobladores de San Nicolás Totolapan con los recursos naturales a los que tienen acceso. Optar por esta perspectiva implicó determinar cuáles de los pobladores se apropian de los recursos naturales con los que tienen contacto y cómo lo hacen, explorar las categorías sociales que definen diferentes comportamientos frente a los recursos naturales en la periferia urbana, observar las interacciones sociales que impiden o facilitan a los pobladores establecer la doble relación ambiental rural-urbana, y escudriñar el papel que desempeña el contexto espacial de la periferia urbana en la relación de los pobladores con los recursos naturales (P-RN).

Antecedentes

Para concretar nuestro objeto de estudio fue necesario redefinir una y otra vez el modelo analítico que da cuenta de la realidad que

pretendíamos conocer. Uno de nuestros primeros retos fue reconocer que el verdadero problema de la incorporación de la perspectiva ambiental en la periferia urbana no se encontraba sólo en el nivel empírico, sino que procedía más bien del teórico y analítico. Éste se encuentra regido por el paradigma campo-ciudad; la relación entre la población y los recursos naturales ha sido poco tratada respecto de la doble condición (rural-urbana) en la periferia de las ciudades, en donde el suelo mantiene un uso agrícola o forestal, aunque en muchas ocasiones de baja intensidad, pero sus poseedores se dedican principalmente a actividades urbanas.

La periferia urbana, en las ciencias sociales, ha sido principalmente referida por los urbanólogos, quienes se han centrado en la relación de los pobladores con el medio construido abstrayéndose de la que éstos mantienen con los recursos naturales; este último nexo ha sido analizado más minuciosamente por sociólogos y antropólogos en áreas eminentemente rurales. La visión dicotómica que caracteriza los trabajos de investigación teórico-empíricos que involucran la relación P-R resulta muy entendible si consideramos que los temas de interés en las tradiciones disciplinarias son distintos; en el ámbito urbano los elementos del medio natural (aire, agua, vegetación y fauna) sólo pueden ser entendidos dentro de complejos elementos y procesos metropolitanos (infraestructura básica, transporte, usos de suelo, producción de desechos industriales, etc.) (Quadri, 1994: 141), que generalmente son inexistentes en el medio rural.

En las áreas rurales la relación P-R ha sido analizada principalmente en relación con las mujeres y a las comunidades rurales. En el primer grupo, algunos(as) investigadores(as) han logrado desarrollos teóricos partiendo de los estudios de la mujer hacia la perspectiva de género, dando a conocer cómo los hombres y mujeres del campo, basados en las diferencias socialmente construidas, tienen distintas formas de acceso, control, manejo y beneficio de los recursos naturales. Además, posibilitan observar cómo esas relaciones, generalmente asimétricas, actúan como mediadoras para que unos y otras asuman y enfrenten diferentes responsabilidades y riesgos (Moctezuma y Rosales, 1992; Velázquez y Merino, 1997). En lo que se refiere a la segunda perspectiva, los estudiosos analizan las experiencias de las comunidades rurales en el manejo de los recursos forestales (Merino, 1997) relacionando los cambios en el uso de suelo con el paso de una actividad rural a otra también rural; advierten que el establecimiento de zonas agrícolas o ganaderas tiene como efecto la deforestación de ex-

tensas superficies de bosques y que el mantenimiento de éstos depende en gran medida de las posibilidades que ofrece la organización social para llevar a cabo un manejo comunitario exitoso (Merino y Alatorre, 1997), además de otros factores como la introducción de ecotécnicas en el campo, el mejoramiento de las condiciones de la propiedad agraria, y la reducción de las contradicciones legales entre la protección al medio ambiente y el fomento agrario (Moctezuma y Rosales, 1992). La utilización de las mujeres y de las comunidades rurales como unidades de análisis se debe, en el primer caso, al supuesto de que la población femenina participa como eje central para resolver la actual crisis ambiental del planeta (Velázquez, 1996); en el segundo caso, a que la mayoría de los bosques en México está en manos del sector social: los ejidos y comunidades ocupan 48% del territorio nacional y en ellos se encuentra 80% de las superficies forestales (Cabarle, Chapela y Madrid, 1997).

En las áreas urbanas, particularmente en la periferia de las ciudades, la relación P-R ha sido tratada indirectamente por medio de conceptos como "condiciones de vida" o "pobreza", asociándose principalmente los elementos del medio construido (agua entubada, drenaje, energía eléctrica) con las condiciones de vida de la población de menores recursos que habita esas zonas de la ciudad (Schteingart, 1997; Hiernaux y Lindón, 1997). Cuando en el contexto de estos estudios se han incorporado los recursos naturales, se señala de manera muy general que la expansión de la mancha urbana avanza sobre zonas boscosas y agrícolas (Valdez, 1993) y que los suelos rurales están en proceso de degradación avanzada (DDF, 1997), formulándose un balance amplio de los cambios de uso de suelo de rural a urbano mediante cifras globales. En la misma forma, cuando esos esfuerzos analíticos han asociado la expansión física de la ciudad a las consecuencias sobre el medio ambiente (Schteingart, 1987) se han identificado algunas características sociodemográficas de los pobladores, sus condiciones de habitabilidad y de salud (Rivera Márquez, 1997) y los efectos de los contaminantes en ésta (Castillejos y Serrano, 1997), pero no se han realizado acercamientos para observar las prácticas cotidianas de la población y su relación con los recursos naturales en esos espacios.

En conclusión, el análisis dicotómico que prevalece en la relación P-R se caracteriza por: 1) asociarse en las áreas rurales al cambio entre actividades también rurales; y en las áreas urbanas, a la expansión física de la ciudad; 2) dar preferencia en las áreas rurales a la acción de las actividades humanas sobre los recursos naturales; en las

urbanas, al efecto de las condiciones del medio construido sobre la calidad de vida de la población. El punto de contacto entre estos dos paradigmas es que la relación P-R, ya sea en el medio natural o en el construido, se asocia principalmente a los grupos sociales en condiciones de pobreza.

Considerando que el ámbito espacial que nos interesó fue la periferia de la ciudad, que ésta constituye un área de transición² entre lo rural y lo urbano, y que la relación de la población con el medio construido ha sido referida ampliamente en varias investigaciones, se dio prioridad a la relación que los pobladores de la periferia urbana establecen con los recursos naturales (relación P-RN); se explora la variedad de situaciones que pudieran presentarse en ella.

El camino recorrido para precisar la estrategia teórico-metodológica

Primer intento. Acercándonos al tema

Como nuestro interés en la relación P-R desde un inicio se ha enfocado a las prácticas cotidianas y su relación con los recursos naturales en la periferia urbana, nos planteamos como primera inquietud las siguientes preguntas: ¿cómo se relacionan los pobladores de la periferia de la ciudad con los recursos naturales contiguos a su lugar de residencia?, ¿cuáles son los elementos que actúan como mediadores en esta relación, en el ámbito periurbano?, ¿qué efecto tiene la ubicación de la población en la periferia urbana sobre el uso de los recursos naturales?

Estos cuestionamientos nos exigieron concretar una estrategia teórico-metodológica y definir quiénes eran esos “pobladores” a los que nos referíamos e íbamos a entrevistar. En términos sociodemográficos no es lo mismo preguntarle a los hombres que a las mujeres; tampoco lo es acercarse a los ancianos, a los adultos o a los niños. En términos de proceso social, no es igual aproximarse a la población de la periferia que ha accedido a la tierra por procesos irregulares mediante un modelo de urbanización que podríamos denominar “de consolidación urbana”, a acercarse a quienes tienen y han tenido derechos de posesión sobre el suelo —como los ejidatarios y los comuneros— durante varias generaciones, o a los que han comprado la tierra en for-

² Transición entendida como transformación, pero no necesariamente como progreso.

ma regular y residen en zonas habitacionales planificadas; las diferencias de género y entre generaciones, así como la heterogeneidad en la forma de poblamiento, eran variables que debíamos controlar.

En el momento inicial, cuando intentábamos formalizar un proyecto de investigación y realizábamos una revisión bibliográfica como estrategia básica para construir un problema de investigación, la perspectiva de género parecía prometedora por varias razones: primero porque nos interesaba el manejo de los recursos naturales en la vida cotidiana, y la categoría de género, utilizada principalmente en comunidades rurales, ha mostrado ser prolífica en ese nivel de análisis; segundo, porque clasificar a los pobladores en hombres y mujeres nos permitía analizar la forma en que ellos y ellas, que comparten códigos culturales y condiciones socioeconómicas similares, conocen, usan, manejan y controlan sus recursos de manera diferenciada. En varias investigaciones se ha demostrado que las mujeres en condiciones de pobreza resultan más afectadas que los hombres de su mismo estrato social por los impactos de la relación P-R; que participan como trabajadoras no remuneradas en unidades agrícolas familiares con largas jornadas que se acompañan de condiciones laborales inadecuadas con graves riesgos para su salud (Onestini, 1996); y que intervienen como sujetos clave en los procesos de construcción del espacio urbano y el manejo de recursos naturales y de uso cotidiano (Massolo, 1994; Velázquez, 1996; Schteingart, 1997); además, que gran parte de las mujeres de escasos recursos realiza sus actividades domésticas y extradomésticas en el mismo lugar en donde habita (Salazar Cruz, 1999), lo que influye en el manejo cotidiano de su hábitat. Esto nos permitía suponer que en la periferia urbana las relaciones de género presentarían patrones específicos respecto al manejo y uso de recursos naturales.

Al explorar un poco más el uso de estos recursos en la periferia de la ciudad encontramos que variados aspectos de la realidad señalaban que había otros elementos que fungían como mediadores fundamentales en la relación P-R, y que debíamos considerarlos antes de decidir una estrategia de análisis definitiva. Advertimos, por ejemplo, la heterogeneidad social de la población, la diversidad de origen de la misma, y las variadas formas de relacionarse con la tierra (regular e irregular); estos elementos se combinaban en las formas de poblamiento.

Al respecto, por un lado nos percatamos de que el medio construido de la ciudad se expande sobre las áreas rurales de la periferia urbana mediante tres procesos: a) la proliferación de asentamientos

humanos conformados irregularmente sobre tierras ejidales, comunales o de propiedad privada; *b*) la conurbación de antiguos poblados, y *c*) la construcción de nuevos condominios habitacionales para estratos medios y medios-altos. También advertimos que en todos esos procesos de expansión se involucran pobladores de diferente origen migratorio, y que la condición migratoria puede definir un comportamiento diferenciado respecto del medio natural. La variedad del lugar de origen parecía determinante para diferenciar las prácticas relacionadas con los recursos naturales porque definía tanto los valores culturales como las diferentes formas de relacionarse con los recursos.

Al valorar estas formas de expansión, relacionadas con el origen migratorio, encontramos que en los poblados rurales absorbidos por la mancha urbana había población nativa, y cuya presencia podía ser benéfica para la investigación por varias razones: la primera es que nos permitía ver la relación P-RN desde una perspectiva histórica, valiéndose de la población nativa podíamos acercarnos a los procesos de transformación del medio natural en el tiempo e identificar actores sociales que, aunque interactuaron con los recursos en otro momento, pudieron sentar bases para delinear las relaciones P-RN de hoy.³ La segunda es que una relación tradicional con la tierra y con el lugar que caracteriza generalmente a la población rural nativa nos permitía observar en qué medida su incorporación a actividades urbanas se acompañaba del abandono, mantenimiento o transformación de prácticas relacionadas con los recursos naturales. Finalmente, que los derechos de posesión sobre tierras ejidales o comunales, de la que no disfrutaban los migrantes, nos permitía observar el papel que juega la tenencia de la tierra en la relación P-RN.

Segundo intento. Concretando una hipótesis de trabajo

En el contexto analítico descrito, se decidió que la zona de estudio debía ser un poblado de origen rural absorbido por la mancha urbana, y se planteó como hipótesis que el origen migratorio tenía un

³ Por ejemplo, la concesión de los recursos forestales existentes en suelo ejidal y comunal a la industria del papel.

fuerte peso explicativo en la relación P-RN en esa periferia urbana; las relaciones de género y entre generaciones se encontraron articuladas jerárquicamente al origen migratorio por varias razones. Por un lado las sociales: los hombres y mujeres que conforman la población económicamente activa de los ejidos y comunidades de la periferia urbana se encuentran insertos principalmente en actividades urbanas.⁴ Por otro lado las espaciales: los poblados rurales absorbidos por la mancha urbana se encuentran generalmente separados y distantes de las parcelas y de las áreas forestales de los ejidos. En este contexto social y espacial la tierra que poseen los ejidatarios o comuneros en la periferia urbana no es la que proporciona subsistencia y trabajo a los miembros de sus hogares, como sucede en los ejidos y comunidades rurales. Bajo esta consideración, los recursos naturales en los ejidos periurbanos no necesariamente constituyen un factor determinante en la economía doméstica (como proveer leña para cocinar, madera para construir las viviendas); los hombres y mujeres adultos, al igual que los niños y las niñas, recurren cada vez menos a ellos.

A partir de esta reflexión se partió del supuesto de que la relación P-RN en la periferia urbana se construye socialmente, y que el origen migratorio mediatiza, a través de la cultura y las tradiciones, la acción y actitud de los individuos frente a ellos; los sentidos asociados a conductas y relaciones específicas en torno a los recursos naturales son compartidos por los miembros provenientes de una misma cultura (Hirsch y Nathanson, 1997). El anterior supuesto se evidenciaría en los habitantes del poblado de origen rural según su origen migratorio y su condición de tenencia de la tierra; *los nativos* con derechos comunales o ejidales desarrollarían prácticas tradicionales respondiendo a una relación ancestral con los recursos naturales y el lugar; *los migrantes rurales* tenderían a reproducir en el lugar de destino las prácticas aprendidas en su lugar de ori-

⁴ En un primer acercamiento a algunas AGEB (áreas geoestadísticas básicas) ofrecidas por el Censo de Población y Vivienda de 1990, identificamos un poblado rural inserto en la mancha urbana, en una zona donde la distribución de su PEA por sectores económicos favorecía la participación en actividades urbanas: 64% trabajaba en el sector terciario, 28% en el secundario y sólo 8% en el primario; las ocupaciones se distribuían de la siguiente manera: 81% eran empleados, 14% trabajadores por su cuenta y sólo 4% jornaleros o peones. Además, en un recorrido de reconocimiento por la periferia de la ciudad, sobre el Ajusco, se nos informó que la mayoría de los ejidatarios que tiene actividades agrícolas se dedica a ellas sólo los fines de semana.

gen; *los migrantes de origen urbano* compartirían por su parte “los no saberes” respecto del uso y manejo de recursos naturales y podrían tener prácticas depredadoras en la zona aunque, por otro lado, podrían tender a un mejor manejo de los recursos del medio construido.

Habiendo definido teóricamente las características de la periferia (poblado rural) y clasificado a los pobladores (por lugar de origen), nos dimos a la tarea de conocer un poco más los ejidos y comunidades de la periferia urbana de la Ciudad de México para ir concretando empíricamente nuestra zona de estudio. A la vez revisábamos cuáles eran las técnicas de análisis más adecuadas para enfrentar la relación P-RN en el nivel que pretendíamos analizar, para diseñar los instrumentos, definir el perfil de los informantes y delimitar el nivel de desagregación de los recursos naturales.

Como la periferia de la ciudad es extensa, decidimos que se seleccionaría un poblado ubicado en un área de interés ambiental para la ciudad;⁵ la zona media del Ajusco satisface este requisito; cumple con la importante función ambiental de ser fuente de abasto de agua para los mantos acuíferos, está cubierta en su mayor parte con vegetación natural de pinus, querqus y oyameles, que constituyen un pulmón para la ciudad, y es reservorio de especies representativas de flora y fauna silvestre; además, cumple una función social porque contiene áreas recreativas y con fines de esparcimiento.

Con datos proporcionados por algunos informantes clave y visitas a la zona del Ajusco se seleccionó el pueblo de San Nicolás Totolapan, contiguo al ejido del mismo nombre y donde habita población de estrato socioeconómico bajo y medio-bajo, la cual se diferencia por su origen migratorio (nativos y no nativos) y la forma de relacionarse con el suelo urbano (regular e irregular). A la tarea anterior sumamos una revisión de las AGEB⁶ urbana y obtuvimos un panorama general de los habitantes del poblado. De acuerdo con el conteo de población de 1995, allí viven aproximadamente 18 691 personas distribuidas en 3 757 viviendas particulares, lo que define una densidad de 5.1 hab./viv. Si suponemos que cada vivienda alberga a una familia y consideramos que el ejido es propiedad de 304 ejidatarios, se puede

⁵ La ciudad también se expande sobre zonas de bajo valor ambiental: zonas degradadas, de baja productividad, sin áreas verdes, etcétera.

⁶ Se consideraron cuatro AGEB para caracterizar el pueblo de San Nicolás Totolapan; sin embargo se trata de una aproximación a los límites del pueblo.

concluir que sólo en 9% de los hogares del pueblo hay un miembro con derechos ejidales; había que averiguar quiénes⁷ habitaban el 91% restante y cómo se relacionaban con los recursos naturales de la zona.

Como en el interior de estos grupos domésticos existía también una gran heterogeneidad de características demográficas (tamaño y composición familiar, edad y sexo de sus miembros, intereses individuales, etc.) que podrían incorporar variaciones⁸ en el uso y manejo de recursos naturales y el mantenimiento de las prácticas tradicionales, decidimos que los informantes serían sólo jefes o jefas de hogar. Retomando como puntos de partida el lugar de origen y la tenencia de la tierra, llegamos a una primera clasificación de los(as) jefes(as) de hogar del pueblo de San Nicolás Totolapan: *ejidatarios*⁹ (jefes nativos y con derechos ejidales); *avecindados*¹⁰ (jefes migrantes asentados en las tierras destinadas a la expansión del núcleo de población), y *colonos*¹¹ (jefes migrantes de origen rural y urbano) allegados a la zona en diferentes momentos y asentados irregularmente en tierras ejidales; estos dos últimos grupos no poseían derecho legal sobre la tierra.

Con el fin de lograr la mayor homogeneidad posible en cuanto a las normas y valores asumidos, respecto del medio natural por los jefes y jefas de hogar según origen migratorio, se decidió que las y los entrevistados fueran todos individuos mayores de 60 años, que los ejidatarios contaran con derechos legales sobre el ejido de San Nicolás Totolapan, que los avecindados tuvieran como mínimo 30 años viviendo en el pueblo del mismo nombre, y que los migrantes de ori-

⁷ El hecho de que la población se haya multiplicado 16 veces en un periodo de 50 años se debe posiblemente a la migración. Si se considera que en el Censo 85% de la población declaró ser nacida en la entidad y alrededor de 98% tener cuando menos cinco años viviendo allí, podemos suponer que se trata de segunda y tercera generaciones de migrantes.

⁸ No es lo mismo comparar la permanencia de prácticas tradicionales entre personas de una misma generación que comparar esas prácticas entre individuos de generaciones distintas.

⁹ Son los hombres y mujeres titulares de derechos ejidales.

¹⁰ De acuerdo con el artículo 13 de la Ley Agraria, los avecindados de un ejido son los mexicanos mayores de edad que han residido por un año o más en las tierras del núcleo de población y que han sido reconocidos como tales por la Asamblea Ejidal o el Tribunal Agrario competente. Como en la práctica ese reconocimiento no existe, para efecto de este trabajo se reconoció como avecindados del ejido a los mexicanos y mexicanas mayores de edad que no siendo descendientes de los fundadores del pueblo han residido por un año o más en las tierras destinadas para tal propósito.

¹¹ Son los mexicanos y mexicanas migrantes que residen en tierras que alguna vez fueron parte del ejido de San Nicolás Totolapan; la mayoría de ellos tuvo acceso al suelo en forma irregular.

gen rural provinieran de la misma región, y los de origen urbano de otras zonas del área metropolitana de la Ciudad de México.

Ajustes entre la propuesta teórica y las características de la periferia urbana

En tanto diseñábamos los instrumentos de recolección de información, iniciamos los primeros contactos con los pobladores en la zona de estudio. Primero, nos relacionamos con el grupo más reconocido, que era el de los ejidatarios de San Nicolás Totolapan y encontramos que no tenían un comportamiento homogéneo en el uso y manejo de los recursos naturales; a pesar de que los individuos seleccionados provenían de una misma cultura se observó entre ellos un amplio rango de actitudes que iban desde la resistencia a los cambios de los recursos heredados, hasta la transformación total y el abandono y venta de los mismos.

En lo que toca a los avecindados, nos percatamos de que no conformaban un grupo organizado. Cuando realizamos la entrevista con un avecindado, además de responder ampliamente nuestras preguntas, nos informó que gran parte de los allegados al pueblo en los años cincuenta había muerto o cambiado de residencia y que sus relaciones con ellos se habían diluido en el tiempo. También nos dijo que los avecindados nunca habían establecido contacto directo con los recursos naturales de la zona, que reconoció como el bosque y las áreas agrícolas, y que si bien ellos habían participado activamente en el mejoramiento del área urbana, ésta ya estaba trazada a su llegada y sólo habían tenido una relación estrecha con el problema del agua; este entrevistado tenía una memoria bastante completa y antigua sobre dicho recurso natural y dio información detallada sobre él.

Con el apoyo de algunos informantes clave, identificamos a los líderes de un grupo de migrantes provenientes de Guerrero y de una colonia en donde habitan varios colonos de origen urbano. A pesar de que los primeros se comprometieron a reunir a varios de sus paisanos para responder a las entrevistas que estábamos diseñando, enfrentamos serias dificultades para llevarlas a cabo. Después de varias citas frustradas con ellos, debimos aceptar que los colonos no querían colaborar. El tiempo invertido tratando de convencerlos y la información obtenida en esta exploración fueron cruciales para entender que la condición de irregularidad de acceso al suelo y la forma ilegal en que se relacionan con la tierra los ubica en una situación vulnerable ante extraños; ellos declararon que no tenían nada que decirnos

porque no se relacionaban directamente con los recursos naturales del lugar. Los colonos no percibían que la transformación del medio natural a consecuencia del cambio de uso de suelo de rural a urbano era una cuestión de deterioro ambiental. Más bien lo consideraban como una posibilidad de mejorar sus condiciones materiales de vida, que se consigue mediante la posesión de un terreno y posteriormente la obtención de satisfactores básicos que no dependen exclusivamente de su ingreso, sino de la capacidad de respuesta gubernamental para solventar necesidades socialmente reconocidas como de uso colectivo: agua entubada, drenaje y luz eléctrica.

En esta etapa de reconocimiento del lugar nos enteramos de que en el poblado habitaba un grupo organizado autodenominado “Comuneros de San Nicolás Totolapan”. Hasta ese momento desconocíamos su existencia porque esta comunidad nunca ha sido reconocida como tal en el Registro Agrario Nacional (RAN). A pesar de que el pueblo de Totolapan data de la época prehispánica y de que los campesinos del mismo solicitaron en 1920 ante la Comisión Local Agraria del Distrito Federal la restitución de sus tierras, montes y aguas, ésta les fue negada. A cambio, en 1924 se ordenó mediante resolución presidencial dotar al pueblo de San Nicolás Totolapan de un ejido, y así permaneció inexistente la comunidad.¹²

A pesar del carácter de “inexistencia” de la comunidad, su permanencia y lucha en el lugar, relacionada directamente con los recursos naturales, nos impulsó a considerarlos como un grupo que convendría analizar para entender la relación P-RN. Debe decirse, sin embargo, que como descendientes de los fundadores del pueblo, algunos de los “comuneros” tienen también derechos ejidales; la diferencia entre unos y otros radica en que los ejidatarios se relacionan sólo con los recursos naturales del ejido, en cambio los “comuneros” continúan disputándose el derecho sobre tierras comunales y bosques externos al ejido que les pertenecieron a sus antepasados; esta disputa tiene un efecto directo sobre esos recursos.

La tercera es la vencida. Acercando los niveles teórico y empírico

Ante la imposibilidad de entrevistar a los colonos y a los avecindados, la carencia de las relaciones de estos últimos con los recursos natura-

¹² Para ampliación véase Salazar Cruz, 2000.

les del lugar, el reconocimiento de posiciones distintas ante los recursos naturales entre los ejidatarios, y el hallazgo de una comunidad imaginaria: "los comuneros", era evidente que debíamos replantear nuestro marco analítico. Si bien podía ser cierto que la relación P-RN se construye socialmente, no nos era posible, con los recursos económicos y temporales de que disponíamos, insistir en abordar ésta según el origen migratorio de los pobladores que habíamos identificado; tampoco era congruente seguir considerando a los descendientes de los fundadores del pueblo como un grupo homogéneo basado en sus relaciones de descendencia.

Inmersos en la complejidad de las relaciones sociales que caracterizan a la población de la periferia urbana, habíamos omitido el hecho de que este ámbito espacial no era sólo un escenario al que se incorporan grupos humanos con distinto origen migratorio y en el que se mezclan actividades rurales y urbanas. Era necesario recordar que las áreas periurbanas son principalmente zonas de transición entre lo tradicional y lo moderno y receptáculo de recursos naturales, que se van transformando en la medida en que van siendo afectadas por las distintas dinámicas de las estructuras económica, social y cultural.

La presencia de "los comuneros" en el lugar nos llevó a cuestionar el supuesto de que los descendientes de los fundadores del pueblo compartían hoy los mismos valores en tanto provenían de una misma cultura y formaban parte de una misma cohorte. La periferia urbana tenía un significado en la relación P-RN y había que enfrentarlo. ¿Por qué algunos de los descendientes del pueblo no se aceptaban como ejidatarios y seguían reconociéndose como comuneros, cuando estaban insertos en actividades urbanas?, ¿qué efecto tenía la negación o aceptación de una transformación identitaria en el manejo de los recursos naturales?, ¿cómo se diferenciaba la relación P-RN entre los descendientes del pueblo?, ¿en qué se basaba esa diferenciación?

A la luz de la confrontación entre la teoría y la praxis, observamos que la relación P-RN existente en San Nicolás Totolapan no podía ser entendida si no comprendíamos la red de relaciones de la que era resultado; igualmente nos dimos cuenta de que el conocimiento no podía ser riguroso si lo observábamos sólo desde el contexto teórico en el cual lo habíamos enmarcado inicialmente; parafraseando a Tucker (1998), el conocimiento científico deriva también de la naturaleza subjetiva de la vida social que allí se amalgama.

Basados en estas reflexiones entramos en la dinámica de reforzar los conceptos teóricos fundamentales para dar cuenta del problema de

investigación que debíamos enfrentar, y responder así la pregunta central, que quedó replanteada de la siguiente manera: ¿cómo se relacionan los descendientes de los fundadores del pueblo de San Nicolás Totolapan, comuneros y ejidatarios, con los recursos naturales que poseen o sobre los cuales reclaman derechos, en tanto no se han desplazado de su lugar de origen pero han sido alcanzados por la mancha urbana?

Esta pregunta y las anteriores nos obligaron a reflexionar sobre el problema de la integración de sociedades tradicionales y modernas, y a acercarnos a ejes teóricos complementarios a los anteriores. Si bien Redfield (s.f.; 1973) ya había hecho referencia a la distinción entre una urbanización primaria y una secundaria,¹³ era necesario observar hasta qué punto éstas seguían coexistiendo en la periferia urbana y ver qué consecuencias tenían en relación con los recursos naturales. Los tipos de relación P-RN que pudiéramos encontrar hoy en la periferia urbana son consecuencia del encuentro o “desencuentro” de estructuras diferentes (culturales, económicas y sociales) en un mismo momento y área territorial, y éstas, al provenir de distintos sistemas sociales, se mueven con diferente ritmo. En este contexto analítico recurrimos a los conceptos de *integración* de Beriain; *universo simbólico* de Berger y Luckmann, y *campus* y *habitus* de Bordieu.

En lo que respecta al primer concepto, Beriain (1996: 9) expone que hablar de *integración* significa dar cuenta también de su *alteridad*, de su ausencia o de su déficit. La relación P-RN en la periferia urbana puede ser explicada, entonces y en parte, por un proceso de integración incompleto de la población de origen rural, que con todos sus recursos naturales, derechos legales y herencia cultural, es absorbida por la mancha urbana. Siguiendo la lógica de Beriain, en el instante en que la población inicia el proceso de integración a la vida urbana se expone a tal multiplicación de nuevos ámbitos sociales que empieza a compartir con otros grupos humanos los mismos espacios y tiempos, aunque no el mismo espacio social, e incorpora en su lógica valores y normas distintos a los de su tradición, como el intercambio individualizado de los recursos naturales por dinero y poder.

La periferia urbana, como contexto amplio de transformación de las relaciones sociales y del uso de los recursos naturales, produ-

¹³ La primera no niega ni destruye la antigua cultura *folk*, sino que la desarrolla dentro de los mismos valores; la segunda, por el contrario, supone el surgimiento de valores y de una estructura social que modifica sustancialmente la cultura rural y tradicional.

ce fracturas en la relación que los descendientes de los fundadores del pueblo han establecido originariamente con los recursos naturales, y deriva en diferentes posiciones frente a ellos.¹⁴ Tal diversidad de posiciones se relaciona también con la transformación y cristalización de los “universos simbólicos” de los individuos vistos como procesos de significación. En otras palabras, con realidades que no son necesariamente las de la experiencia cotidiana pero que son “retenidas por [algunos de] los individuos y estereotipadas en el recuerdo como entidades reconocibles y memorables” (Berger y Luckmann, 1997: 91). Parafraseando a Berger y Luckmann (*idem*), la relación P-RN de hoy en la periferia urbana se explica por el encuentro o choque de la historicidad de los descendientes del pueblo con un contexto urbano que no la considera viable. El hecho de que el poblado de San Nicolás Totolapan exista desde la época prehispánica, sus pobladores hayan sido considerados desde la Colonia como una comunidad, y reconocidos como ejidatarios durante el proceso revolucionario, es una experiencia retenida y sedimentada intersubjetivamente en la conciencia de los individuos del grupo. Dicha experiencia, relacionada con los RN, compartida y transmitida lingüísticamente de una generación a otra en la periferia urbana, mantiene relevancia *sólo en algunos* de los individuos que jamás la vivieron; en otros es fácilmente sustituida por los universos simbólicos proporcionados por las identidades modernas que ofrecen distintas relaciones económicas y políticas y posiciones ventajosas hacia fuera del grupo original.

Esa *alteridad* señalada por Beriain es lo que posibilitaría que dentro de un grupo social con los mismos antecedentes culturales se registre hoy diferentes comportamientos, incluso contradictorios, frente al manejo y uso de los recursos naturales; desde los basados en una “solidaridad mecánica” que surge de las normas, creencias y valores compartidos, es decir, de la *conciencia colectiva* (Durkheim, 1986); hasta los

¹⁴ Se encontró que algunos individuos defienden la permanencia de los recursos naturales, otros asumen posiciones de indiferencia frente a la suerte de éstos y otros más que priorizan la valoración económica individual. Las actitudes de los primeros se traducen en prácticas tradicionales como la herbolaria, saneamiento del bosque sin corte y mantenimiento de las especies animales; las de los segundos en indiferencia y no participación en el manejo adecuado de los recursos; las de los últimos en cambios de uso de suelo de rural a urbano, ventas ilegales de los recursos madereros y permisibilidad para el acceso de actores sociales externos al ejido con intereses empresariales que no asumen de manera clara el mantenimiento de los recursos naturales y los beneficios para la comunidad.

apoyados en una “solidaridad orgánica” asentada en la independencia de roles especializados (Berriain, 1996: 21) pasando por la variedad de situaciones intermedias en la coexistencia de estas dos posiciones.

El que las formas de relación P-RN basadas en valores comunitarios vayan dejando poco a poco de formar parte del acopio común de conocimientos compartidos y perdiendo peso relativo en el cuerpo más vasto de la tradición que cohesiona al grupo, contribuye a que la relación P-RN en la periferia urbana sea “una relación de condicionamiento: el campo estructura el habitus” (Bourdieu y Wacquant, 1995: 87). Esto implica asumir que dentro del grupo en cuestión (los descendientes de los fundadores), las conductas específicas respecto al uso y manejo de los recursos naturales eran compartidas por sus miembros en tanto el mundo social con el que se relacionaban tenía las condiciones objetivas de las cuales ellos son producto. Pero también aceptar que cuando estas condiciones objetivas (económicas, culturales, simbólicas) cambian, surgen desfases en los comportamientos; la relación P-RN se modifica dependiendo de la capacidad de los individuos del grupo de preservarla o varía generando diferentes actitudes frente a ellos: desde las muy tradicionales hasta las de rebelión y transformación.

Lo anterior implica también que la relación P-RN sea de “conocimiento o construcción cognoscitiva”. De acuerdo con Bourdieu, “el habitus contribuye a constituir el campo como mundo significativo, dotado de sentido y de valía, donde vale la pena desplegar las propias energías” (Bourdieu y Wacquant, 1995: 87). La heterogeneidad de prácticas que caracteriza la relación P-RN en la periferia urbana se expresa en la división del grupo original en “los comuneros” que responden aún a esa “fuerza moral” de la comunidad que, independiente de ellos, se transforma en la repetición frecuente de actitudes y en su reproducción con economía de esfuerzos (Berger y Luckmann, 1997); los *ejidatarios*, que aceptan y empiezan a responder a través de una habituación moderna, mediada por el Estado y el capital privado, a nuevas relaciones P-RN; y, finalmente, dentro del grupo de los *ejidatarios*, por los individuos que subjetivamente empiezan a habituarse a formas de vida urbana y a ejecutar acciones individualizadas como pauta de integración a ésta.

La estrategia de análisis

Para reconocer la relación P-RN se decidió que era necesario determinar los recursos naturales a los que íbamos a hacer referencia. Obser-

vamos que hasta el momento no habíamos precisado cuáles eran éstos y en dónde se localizaban. ¿Podíamos referirnos a “los recursos naturales” en general, o debíamos preguntar a los ejidatarios y comuneros con cuáles se relacionaban ellos?, ¿era atinado delimitar una zona con recursos naturales específicos o era factible preguntar sobre su uso independientemente de su ubicación?

Mediante una visita de campo encontramos que los ejidatarios de San Nicolás Totolapan sólo se relacionaban con los recursos naturales del ejido; los comuneros, en cambio, se relacionaban con una zona boscosa contigua al ejido que se encontraba en litigio con el pueblo de la Magdalena Atitla y que denominaban “la zona comunal”. Decidimos entonces agrupar los recursos naturales en tres grandes categorías: agua, bosque y zonas de cultivo, pero diferenciarlas según se ubicaran en el ejido o la zona comunal. Ejidatarios y comuneros debían dar testimonio de los antecedentes de la lucha por los recursos, explicar cómo habían cambiado éstos y su relación con ellos, cuál era el uso y el manejo que hacían de ellos y cuál el que actualmente hacen, y referir los problemas que enfrentaban en esa relación.

Para observar el proceso de integración de los descendientes de los fundadores del pueblo a la periferia urbana y conocer a grandes rasgos la relación de condicionamiento o construcción cognoscitiva, se decidió que era necesario recurrir a aquellas técnicas de análisis que permitieran descodificar la construcción y reconstrucción de las prácticas en la vida cotidiana. Igualmente había llegado el momento de acercarnos a alguna técnica que nos facilitara observar la transformación de los recursos naturales del lugar.

Las técnicas de análisis

En la búsqueda de técnicas para acercarnos a la dimensión ambiental en la vida cotidiana, advertimos que las entrevistas en profundidad junto con las historias de vida, han sido las técnicas más recurridas para ese nivel de análisis.¹⁵ El inconveniente radica en que su aplica-

¹⁵ Porque permiten: *a*) una explicación de los aspectos subjetivos que reflejan cómo los sujetos se relacionan con los recursos naturales; *b*) captar la totalidad de la experiencia respecto al medio natural en el tiempo y en el espacio, incluyendo la construcción de las relaciones desde la infancia hasta el presente; *c*) incorporar los cambios significativos tanto personales como del contexto social, que llevan a una persona a

ción requiere de una gran cantidad de recursos económicos y temporales, de los que no disponíamos para esta investigación.¹⁶ Sin prescindir totalmente de ellas, se buscaron métodos alternativos y complementarios que nos permitieran maximizar los recursos económicos y temporales de que disponíamos.

Como partíamos del supuesto de que se presentaban conductas heterogéneas en el interior de un grupo proveniente de la misma cultura, supusimos que no era necesario hablar con cada persona mayor de 60 años para acercarnos a la tendencia principal en que los individuos se relacionaban con los recursos naturales; sólo teníamos que profundizar en las entrevistas con algunos ejidatarios y comuneros para que nos indicaran las tendencias de los comportamientos de los individuos en el interior de esos grupos. Esto podía conseguirse aplicando la técnica de Jellinek¹⁷ mediante la cual los informantes responden un cuestionario de opinión. Se consideró que esto resultaría conveniente cuando se plantearan preguntas referentes al manejo inadecuado de los recursos naturales o prácticas devastadoras de los mismos. Como observa Natera (1982), el hecho de que los informantes no se sientan obligados a referirse a sus propias actitudes o las de sus hijos, los anima a hablar con más certeza de los hechos y actitudes ante problemáticas específicas.

En lo que se refiere a los recursos naturales, una socióloga que ha trabajado durante varios años con comunidades rurales nos informó sobre una técnica denominada el "mapa de recursos"; los pobladores debían dibujar los recursos naturales con los que se relacionaban en dos momentos: antes de que la zona entrara en un proceso de rápida urbanización (época base) y en la actualidad. Esta técnica nos permitiría conocer cuáles eran y son los recursos naturales de que disponen y en consecuencia cómo se habían transformado éstos; cómo era y es la zona (el área urbana, el ejido, el área comunal) y la comunidad (la población); quiénes habían sido y son los actores sociales que están en contacto con los recursos naturales; cómo eran y son las prácticas y el manejo de ellos, y cuál era y es el estado en que se encuentran.

mantener, agregar o mezclar prácticas que redefinen su forma de crear y recrear el medio circundante.

¹⁶ El apoyo para la investigación fue mínimo y no dispusimos de dinero para realización y transcripción de muchas entrevistas.

¹⁷ Esta técnica del informante proviene de la antropología y ha sido adaptada y sistematizada con gran éxito en México por Guillermina Natera para enfrentar problemas concretos de salud (Natera, 1982).

Como los objetivos de las dos técnicas mencionadas se complementaban (con ninguna de las técnicas se espera que los informantes digan qué, cómo, dónde, cuándo, ni con qué frecuencia él o ella lleva a cabo ciertas prácticas, sino que proporcionen información respecto a la dinámica de su comunidad alrededor de la problemática de estudio), al igual que su dinámica (ambas consisten en identificar informantes y reunirlos), se consideró que conjuntamente podrían acercarnos al conocimiento de los comportamientos comunitarios respecto del medio natural; aplicadas al caso concreto que nos ocupaba, ambas nos ofrecían la posibilidad de captar la visión subjetiva de los informantes acerca de la conducta de sus semejantes y la de observar diferentes aspectos relativos a los recursos naturales y el comportamiento comunitario frente a ellos.

El diseño de los instrumentos

Definidos los instrumentos para captar la información, llevamos a cabo una caracterización de las particularidades sociodemográficas de los habitantes de San Nicolás Totolapan basada en las AGEB correspondientes al censo de población de 1995, y procedimos a hacer las adecuaciones de los instrumentos necesarias para este estudio. Se hicieron varias modificaciones a la técnica de Jellinek.¹⁸ Propusimos acercarnos a un informante clave por cada grupo diferenciado (ejidatarios y comuneros) para que estableciera contacto con los miembros de su grupo, seleccionara los informantes de la vida cotidiana (entre seis y ocho) y los reuniera para que contestaran el cuestionario y dibujaran los mapas de recursos. El informante clave no debía ser el Comisariado Ejidal ni el representante de los comuneros, pues probablemente ellos intentarían hablar acerca de su gestión dando una visión sesgada por sus intereses, pero sí una persona adulta con conocimiento de la zona y con una buena relación con los habitantes del lugar. Ya conformados los grupos, propusimos realizar reuniones con ellos por separado.¹⁹ A cada uno de los participantes del grupo se le informó que debía responder por separado el cuestionario y referirse a los distintos comportamientos que se daban en el interior del grupo; podía hablar de parientes, compadres, amigos o vecinos, se lleva-

¹⁸ Para la aplicación de la técnica de Jellinek en México véase Natera, 1982.

¹⁹ El número de los grupos estaba determinado por los recursos económicos disponibles para el proyecto.

ra bien con ellos o no. Si algún informante no sabía leer ni escribir, sería ayudado por los entrevistadores. Se calculó que el tiempo para responder el cuestionario sería aproximadamente de una hora con treinta minutos.

Después de un refrigerio se elaboró el mapa de recursos. A cada uno de los grupos se le pidió que dibujara en conjunto, sobre un papel blanco, dos mapas: uno, sobre cómo recordaban a San Nicolás Totolapan antes de que el pueblo fuera absorbido por la mancha urbana; en el otro plasmarían su percepción de los recursos naturales de San Nicolás Totolapan en la actualidad. Los entrevistadores grabaron la sesión –previa autorización de los informantes– y les preguntaban acerca de lo que iban dibujando y describiendo con el fin de evitar imprecisiones y llenar vacíos.

Con respecto al cuestionario, se diseñó un formato de 60 preguntas cerradas y 12 preguntas abiertas que, además del registro con los datos básicos del informante, capturaban información de cuatro áreas temáticas: 1) acceso, manejo y uso de los recursos naturales de la zona; 2) manejo de desechos domésticos;²⁰ 3) acciones sobre situaciones de contingencia como incendios y plagas, y 4) opiniones del grupo y percepciones.

Los elementos considerados en el mapa de recursos fueron: los límites del área donde estaban los recursos naturales, los destinos (para asentamiento humano, tierras de uso común y parcelas) y los usos de suelo (cultivo, pastizales, bosques y otros). Además, la representación de situaciones reconocidas o familiares de acuerdo con la siguiente clasificación: los nombres de los sitios, parajes y lugares; la presencia de personas o instituciones de poder en ellos; las actividades que allí se realizaban; los recursos naturales que allí existían; las herramientas disponibles, y otros aspectos que consideraran importantes y no hubiesen sido incluidos.

Para delinear con mayor certeza el lugar que han ocupado los descendientes de los fundadores del pueblo en el marco más amplio de la dinámica de integración social, además de la realización de los cuestionarios y el mapa de recursos, buscamos información en el archivo de la Reforma Agraria y revisamos algunas tesis y monografías sobre San Nicolás Totolapán.

²⁰ No se incluyeron características de la infraestructura básica, ya que sus condiciones generales no están determinadas por las prácticas cotidianas sino más bien por la disponibilidad y calidad de los servicios.

Conclusiones

Esta experiencia de investigación nos lleva a dos tipos de conclusiones: las que se refieren estrictamente al campo del conocimiento que nos ocupa, y las que se relacionan más específicamente con la construcción teórico-metodológica del problema.

Respecto al primer punto, la relación P-RN en la periferia de la Ciudad de México es una realidad social sometida a cambios rápidos pero también discontinuos cuyo conocimiento sistemático no es fácil de enfrentar. El área estudiada fue vista como un campo sin fronteras espacio-temporales en donde los elementos tribales que permanecen en la subjetividad de los individuos se mezclan y se rechazan con las estructuras sociales y económicas propias de la vida urbana, dando como resultado una fragmentación de las formas de uso, apropiación y manejo de los recursos naturales basadas en principios comunitarios. Dicha fragmentación se traduce en prácticas que van desde la conservación de los recursos naturales hasta transformación total del suelo de rural a urbano, pasando por todo tipo de combinaciones intermedias entre estos dos extremos.

El que un poblado de origen rural sea absorbido por la mancha urbana tiene como consecuencia que la relación entre la población nativa con los recursos naturales pase a ocupar cada vez menos espacio en la vida cotidiana de sus miembros; que la tierra, de ser trabajo y sustento a la vez, pase a ser una actividad secundaria y un recurso en función de la vida urbana, y que el valor cultural y ambiental que guía la relación de los fundadores del pueblo con los recursos naturales vaya perdiendo peso ante la preponderancia que adquiere el valor económico del suelo en la periferia de la ciudad. Esto por fortuna no significa que podamos afirmar que lo urbano, en tanto universo simbólico que tiende a quedarse más adherido a la realidad, pueda permanecer por siempre en esa posición; una conveniente relación P-RN puede ser reforzada mediante la aplicación de una adecuada legislación ambiental y urbana, y la capacidad de organización comunitaria; reforzar una y otra podría crear un campo de acción que con argumentos contundentes adquiriera poder suficiente para imponerse.

En lo que se refiere a la cuestión metodológica, es necesario entender que la complejidad a que está sometida la relación P-RN en la periferia de la ciudad, concebida como zona de transición rural a urbana, no debe ser vista como una limitación metodológica, sino como una posibilidad analítica que nos permite caminar por un amplio rango interpretativo. Y esto tiene sus ventajas.

La primera ha sido que, al llevarnos a revisar investigaciones realizadas tanto en el ámbito urbano como en el rural, hemos podido observar que las metodologías utilizadas en esos estudios no son necesariamente excluyentes, sino complementarias. Esto nos autoriza a usar concertadamente variables utilizadas tradicionalmente en ámbitos rurales o urbanos, pero no en ambos, y a su vez, nos lleva a superar, o al menos a intentarlo, hábitos disciplinarios expresados en la selección, captura e interpretación de un solo tipo de información.

La segunda es que, en la medida de nuestros hallazgos, nos permite alterar el camino trazado inicialmente. Si bien en lo básico partimos de una hipótesis de trabajo, el diseño de investigación fue evolucionando y reacomodándose continuamente conforme transcurrió el trabajo de campo; la construcción del objeto de estudio no se dio por terminada sino hasta que fue posible esclarecer la red de relaciones sociales que pretendíamos conocer. Esta flexibilidad para trazar el camino nos dio más tiempo para reflexionar sobre nuestras aproximaciones teórico-metodológicas, ajustar con mayor certeza el nivel teórico a los hallazgos provenientes del empírico, reconstruir los puntos de contacto entre los distintos niveles de la realidad y atravesar sin mucha dificultad los límites disciplinarios.

El no estar atados a una teoría específica o limitados por una técnica estadística de preguntas cerradas y búsqueda de agregados, nos facilitó un acercamiento a técnicas de investigación, como el mapa de recursos, casi nunca utilizadas en las zonas periurbanas. Además, nos permitió reorientar nuestra investigación a las posibilidades concretas que la realidad social nos ofrecía, verificar la capacidad explicativa de los conceptos que íbamos utilizando, e introducir, cuando fue necesario, otros nuevos que explicaran situaciones prácticas y hallazgos no previstos con anterioridad pero surgidos en el proceso de conocimiento.

Bibliografía

- Balarezo P., Susana (1994), *Guía metodológica para incorporar la dimensión de género en el ciclo de proyectos forestales participativos*, Quito, Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación (FAO)/Programa Bosques, Árboles y Comunidades Rurales (FTPP)/Proyecto Desarrollo Forestal Participativo en Los Andes (DFPA).
- Berger, Peter L. y Thomas Luckmann (1997), *La construcción social de la realidad*, Buenos Aires, Amorrortu.
- Beriain, Josetxo (1996), *La integración en las sociedades modernas*, Barcelona, Anthropos.

- Bourdieu, Pierre y Loïc J. D. Wacquant (1995), *Respuestas por una antropología reflexiva*, México, Grijalbo.
- Bruijn, Mirjam de, Ineke van Halsema y Hellen van Hombergh (eds.) (1997), *Gender and Land Use. Diversity in Environmental Practices*, Amsterdam, The-la Publishers.
- Cabarle, Bruce, Francisco Chapela y Sergio Madrid (1997), "Introducción: El manejo forestal comunitario y la certificación", en Leticia Merino, *El manejo forestal comunitario en México y sus perspectivas de sustentabilidad*, Cuernavaca, Mor., CRIM, UNAM/Secretaría de Medio Ambiente, Recursos Naturales y Pesca/Consejo Mexicano para la Silvicultura Sostenible/World Resources Institute, pp. 17-34.
- Castillejos, Margarita y Paulina Serrano (1997), "Efecto de los contaminantes atmosféricos sobre la salud en las cuatro colonias", en Martha Schteingart (coord.), *Pobreza, condiciones de vida y salud en la Ciudad de México*, México, El Colegio de México, pp. 629-692.
- DDF (1997), "Programa delegacional del Distrito Federal. La Magdalena Contreras", *Gaceta Oficial del Distrito Federal*, 10 de abril.
- Durkheim, Emil (1986), *Las reglas del método científico*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Guha, Ramachandra (ed.) (1998), *Social Ecology*, Nueva Delhi, Oxford India Paperbacks.
- Hiernaux Nicolás, Daniel y Alicia Lindón (1997), "Producción del espacio y regularización en la tenencia de la tierra en el Valle de Chalco", en Antonio Azuela y Francoise Tomas, *Acceso de los pobres al suelo urbano*, México, PUEC, Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM, pp. 249-276.
- Hirsch, Jennifer S. y Constance A. Nathason (1997), "Demografía informal: cómo utilizar las redes sociales para construir una muestra etnográfica sistemática de mujeres mexicanas en ambos lados de la frontera", *Estudios Demográficos y Urbanos*, vol. 12, núm. 1 y 2 (34-35), pp. 177-199.
- INEGI (1995), *Conteo de población y vivienda*, 1995, Instituto Nacional de Geografía, Estadística e Informática.
- Massolo, Alejandra (comp.) (1992), *Mujeres y ciudades. Participación social, vivienda y vida cotidiana*, México, PIEM, El Colegio de México.
- (comp.) (1994), *Los medios y los modos. Participación política y acción colectiva de las mujeres*, México, PIEM, El Colegio de México.
- Merino, Leticia (coord.) (1997), *El manejo forestal comunitario en México y sus perspectivas de sustentabilidad*, Cuernavaca, Mor., CRIM, UNAM/Secretaría de Medio Ambiente, Recursos Naturales y Pesca/Consejo Mexicano para la Silvicultura Sostenible/World Resources Institute, pp. 39-56.
- y Gerardo Alatorre (1997), "Las condiciones de los aprovechamientos forestales en los casos de distintas comunidades de México", en Leticia Merino, *El manejo forestal comunitario en México y sus perspectivas de sustentabilidad*, Cuernavaca, Mor., CRIM, UNAM/Secretaría de Medio Ambiente,

- Recursos Naturales y Pesca/Consejo Mexicano para la Silvicultura Sostenible/World Resources Institute, pp. 39-56.
- Moctezuma Navarro, David y Héctor S. Rosales Ayala (1992), *La promoción ecológica en el campo mexicano. Una práctica a desarrollar*, México, CRIM, UNAM.
- Natera, Guillermina (1982), "El método del informante como alternativa para la investigación de los problemas de salud", en Instituto Mexicano de Psiquiatría, *Memorias de la Primera Reunión sobre Investigación y Enseñanza*, IMP, pp. 108-113.
- Onestini, María (1996), "Género, ambiente y crisis económica en Latinoamérica", en Margarita Velázquez (coord.), *Género y ambiente en Latinoamérica*, Cuernavaca, Mor., CRIM, UNAM, pp. 27-40.
- Quadri de la Torre, Gabriel (1994), "La ciudad y la evaluación de impacto ambiental: un enfoque económico", en Antonio Yúnez-Naude (comp.), *Medio ambiente, problemas y soluciones*, México, El Colegio de México, pp. 141-170.
- Redfield, Robert (s.f.), *The Cultural Role of the Cities*, Indianapolis, Bobbs-Merrill (reprint Series in the Social Science).
- (1973), *Tepeztlan a Mexican Village. A Study of Folklife*, Chicago, The University of Chicago Press.
- Rivera Márquez, José Alberto (1997), "Condiciones de salud-enfermedad en las colonias populares", en Martha Schteingart (coord.), *Pobreza, condiciones de vida y salud en la Ciudad de México*, México, El Colegio de México, pp. 539-628.
- Salazar Cruz, Clara (1999), *Espacio y vida cotidiana en la Ciudad de México*, México, El Colegio de México.
- Schteingart, Martha (1987), "Expansión urbana, conflictos sociales y deterioro ambiental en la Ciudad de México. El caso del Ajusco", *Estudios Demográficos y Urbanos*, vol. 2, núm. 3 (6), pp. 449-477.
- (coord.) (1997), *Pobreza, condiciones de vida y salud en la Ciudad de México*, México, El Colegio de México.
- Tucker, Kenneth (1998), *Anthony Giddens and Modern Social Theory*, Londres, Sage.
- Valdez Rodríguez, Ma. de Lourdes (1993), "Uso y deterioro de los recursos y factores físico-geográficos", en Ángel Bassols Batalla y Gloria González Salazar (coords.) *Zona Metropolitana de la Ciudad de México. Complejo geográfico, socioeconómico y político. Qué fue, qué es y qué pasa*, México, Instituto de Investigaciones Económicas, UNAM, pp. 50-67.
- Velázquez, Margarita (coord.) (1996), *Género y ambiente en Latinoamérica*, México, CRIM, UNAM.
- (1997), "Desarrollo y participación: el uso de los recursos naturales de bosques y selvas. Una aproximación desde la perspectiva de género", en Margarita Velázquez y Leticia Merino (coords.), *Género, análisis y multidisciplinaria*, Cuernavaca, Mor., CRIM, UNAM, pp. 55-80.
- y Leticia Merino (coords.) (1997), *Género, análisis y multidisciplinaria*, Cuernavaca, Mor., CRIM, UNAM.